



intelectual con un Dios inaccesible. Es un cálido abrazo, una mano y una herida». Bien está, pero ¿de verdad queremos que perdure tan sólo la herida? La regeneración de las Turbas deberá producirse desde dentro ( porque, de otro modo, sencillamente no se producirá ); pero se equivocan quienes piensen que el que todo salga bien depende únicamente de las Turbas. Y es que no sólo son ellas las que tienen que cambiar de actitudes y comportamientos.

Dicho todo esto, que no es poco, pasemos a congratularnos empero del interés (no siempre convergente) que las Turbas suscitan tanto en los aficionados —entre los que nos incluimos— a nuestro folklore como en los historiadores científicos. Varios libros monográficos e innumerables sueltos conforman ya una producción bibliográfica de cierta entidad de la que destacamos un ensayo de Carlos Julián Martínez Soria y Ramón Pérez Tornero (« Tradición y conflicto en la madrugada del Viernes Santo conqueso en el siglo XVIII». *Cuadernos de Semana Santa*,

1998) en el que rescatan un legajo inquisitorial (Archivo Diocesano de Cuenca. Legajo 737. Expediente 1407) de importancia capital para nuestro asunto. Este documento demuestra que el tambor resonaba en la noche del Viernes Santo conqueso al menos desde principios del siglo XVIII en un contexto tremendamente parecido al actual. Este documento —al que denominaremos en adelante, entre otras cosas por abreviar, «la fuente Cu»— presenta sin embargo algunos aspectos disimiles con respecto a las Turbas de hoy que constituyen odres nuevos para ideas nuevas que, antes de su aparición, sólo hubieran podido calificarse de historia-ficción.

Aquí nos ocuparemos de las distintas tradiciones de las que pudieron surgir las Turbas desde una perspectiva que podemos llamar «antropológica» y que es quizás una de las menos trilladas. Aquí examinaremos lo que hasta ahora hay de enjundia en este enfoque y lo que puede haber. Como quiera que nuestro afán es meramente divulgativo, reduciremos nuestro aparato crítico al mínimo necesario para los lectores curiosos que deseen comprobar el fundamento de nuestros principales asertos y argumentos. Esperamos ganar así en amenidad lo que perdamos en rigor (el cual, por otra parte y como es sabido, no es muchas veces sino la máscara del tedio). Este desenfado —que no ligereza— conlleva una contrapartida: todo lo que aquí se diga tendrá algún valor en tanto en cuanto no se tome demasiado en serio. Para las referencias bíblicas, por si luego sale alguna, utilizaremos la «Biblia del Peregrino» por el único y cómodo motivo de ser la que tenemos más a mano. Vamos allá, no sin antes aclarar que el uso de la voz narradora en plural no responde a ninguna floritura estilística sino a un reconocimiento implícito a todos aquellos que han colaborado, aunque sea sin saberlo, en la realización de este trabajo.

